



ENVELOPER



Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. 23936

Vols. 1 de 1

Sig. * Mad. 767



J. LÓPEZ SILVA



hulaperías.

COLECCION DE DIÁLOGOS EN VERSO

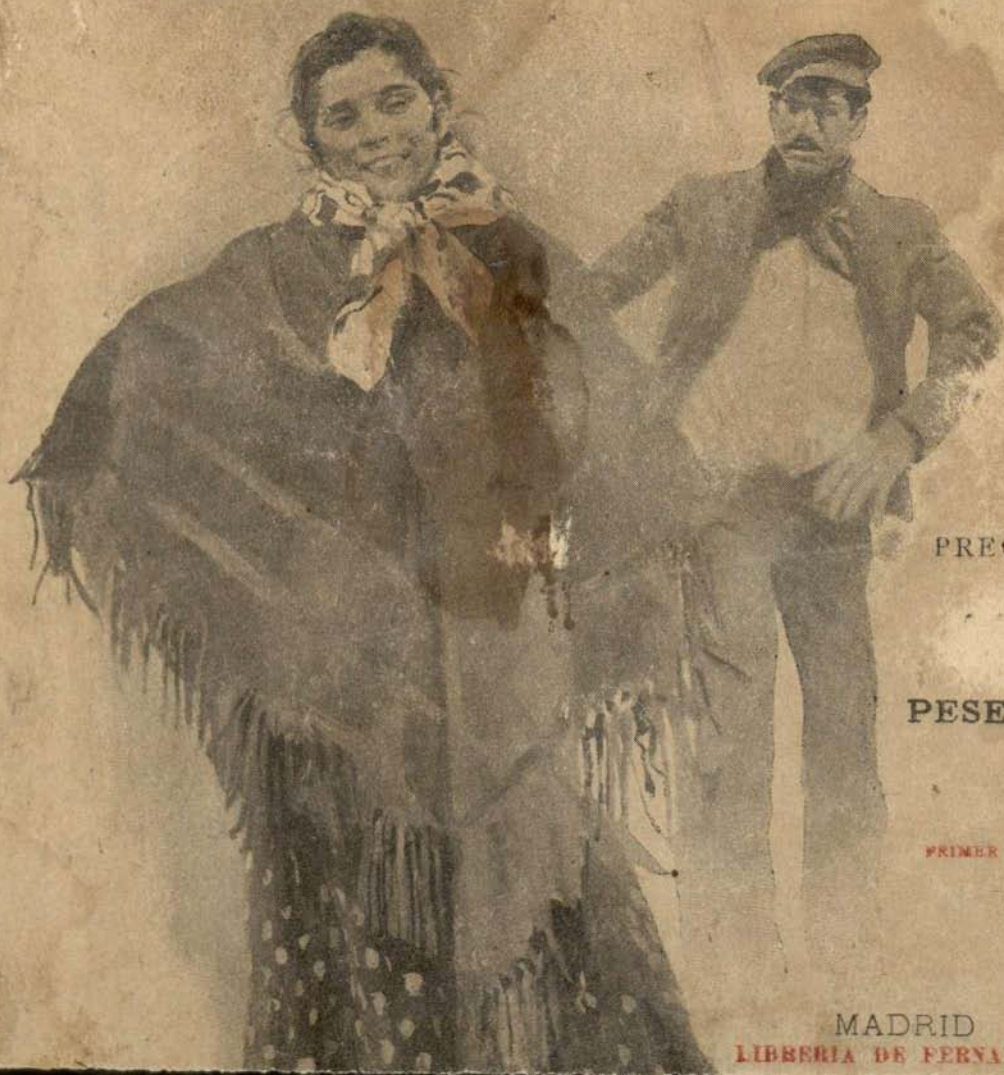
PRÓLOGO DE

D. MARIANO DE CAVIA

EPÍLOGO DE

D. JOAQUÍN DICENTA

ILUSTRACIONES DE PLÁ Y HUERTAS



PRECIO

PESETAS

PRIMER MILLAR

MADRID
LIBRERIA DE FERNANDO FE

A-578



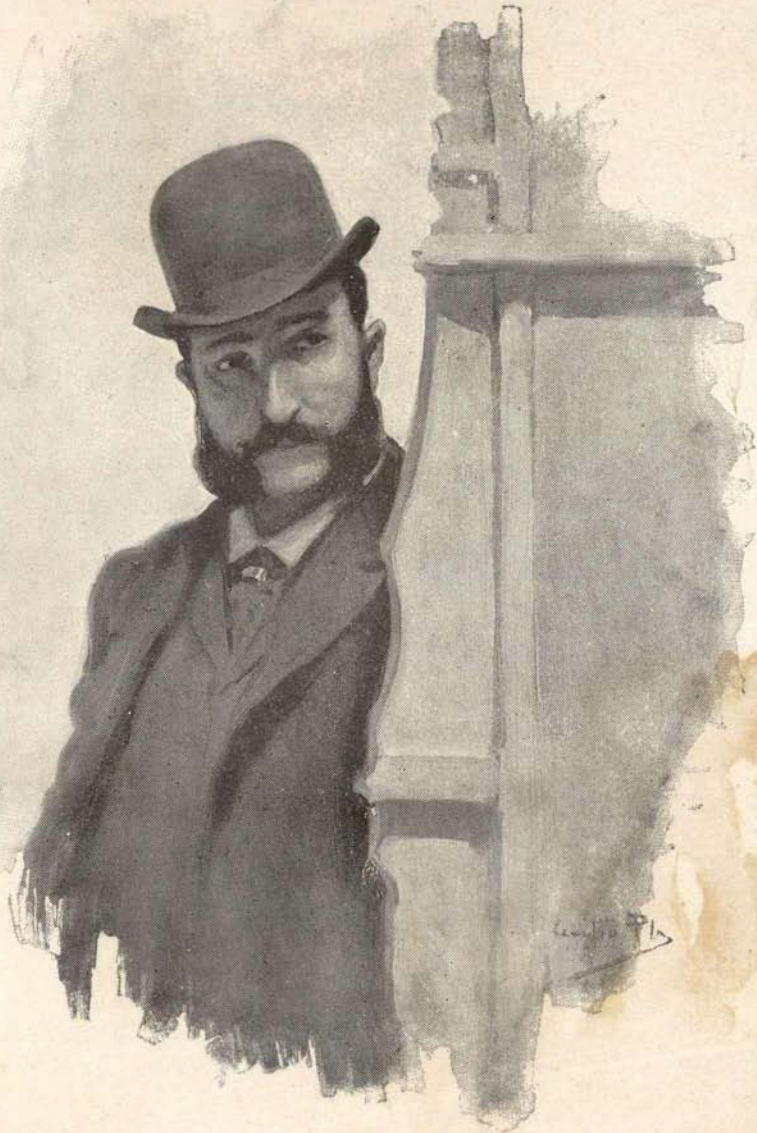
R
23936



CHULAPERÍAS







J. LÓPEZ SILVA

CHULAPERÍAS

COLECCIÓN DE DIÁLOGOS EN VERSO

CON UN PRÓLOGO DE

DON MARIANO DE CÁVIA

Y UN EPÍLOGO DE

DON JOAQUÍN DICENTA



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1898

Esta obra es propiedad
del autor.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.



ZAGUÁN

Pórtico han dado en intitular á los prólogos, proemios ó prefacios de sus libros algunos eximios escritores, ni más ni menos que sí, al trasponer semejantes umbrales y dinteles de papel, fuese el lector á encontrarse dentro del mismísimo templo de Palas Atenea.

De todo un peristilo labrado en puro mármol pentélico rodearía yo este Partenón del aticismo chulapo—cuyas genuinas sales madrileñas pueden dejar por sosas las demás del mundo; —pero ni yo tengo la menor semejanza con Fidias y Calícrates, ni

creo que López Silva, Aristófanes de nuestros barrios bajos, pretenda labores tan suntuosas para exornar por de fuera ésta que no nos ofrece sino como una especie de nueva casa de Tócame Roque, mansión y asilo, en corto recinto, de toda la «vida hablada» del Madrid del desgarró y el desgaire.

De plantón me pone López Silva á la entrada de su hormigueante y bulliciosa casa de vecindad, y todo se reduce—volviendo del revés la advertencia de marras—á que nadie pase por delante de la portería sin que le dé un poco de murga el remendón.

Por consiguiente, y aunque la palabra esté de moda, no hay *pórtico* que valga. ¡Bueno nos lo pondrían entre el *Chichin* y el *Tapioca* y los chicos de la Obdulia, y el perro de la trapera!... *Zaguán*, y gracias.

Remedando y remendando un conocido «cantable» de *Sueños de oro*, puedo decir al autor de CHULAPERÍAS:

*Sus prometí un prefacio
y sus le vengo á dar,
aunque todo esto sea
cháchara de portal.*

¡Ah! ¿Por qué me dejé arrancar, siendo yo tan gran adversario del prologueo profesional, aquella promesa preñada de peligros? ¡Manes de Cañete, acorredme!

¡Ah, Silva, Silva! No en vano llevas el apellido del implacable émulo de Hernani. Has hecho sonar la fatídica trompa (eso sí, más de tres veces, porque yo tengo algo averiada la de Eustaquio) y tu víctima no tiene ya más remedio que rendirse á discreción.

Escribir un proemio—así sea tan de mogollón como el presente—para el nuevo libro del autor de *Migajas* y *Los barrios bajos*, después del prólogo magistral que Jacinto Octavio Picón puso á *Los Madriles*, definiendo el carácter literario y «costumbrista» de López Silva con el más claro

criterio y la más persuasiva elocuencia, es empresa de tal temeridad que ya viene á rayar en el sacrificio. Pero no hay mal que por bien no venga, y á un glorioso sobrenombre tengo derecho desde hoy; porque esto, lector pacientísimo, es ser ¡el «héroe de Cascorro» de los prologuistas!

Procurando huir de la quema en lo posible, dije al autor de CHULAPERÍAS cuando me hizo sucumbir á su feroz «atracó» literario:

—Del mal, el menos. Principalmente para el público, nuestro dueño y señor. Voy á proponerle á usted un medio á guisa de transacción honrosa que ahorrará al lector el enojo de pasar por mis *cuatro vaciedades ó ligeras consideraciones*, como dijo un bizarro general en el Senado, anticipándose al lenguaje de algunos oradores de los que usted pinta.

—Usted dirá.

—Ya sabe usted, puesto que tiene el buen gusto de leer *El Imparcial*, que este cura, sin haber heredado el empleo que tenía el

inolvidable padre Laforga más allá de la Elipa, disfruta de muy buenas relaciones en «el otro mundo».

—¿Despacho tenemos?

—¿Por qué no? Harto más vale algo juicioso y sustancioso dicho por cuenta ajena que lo insustancial y rancio por cuenta propia. Me consta, sí, señor, me consta que hay por allá famosísimos ingenios españoles que se enorgullecerán de saludar en usted, valiéndose de mi cable misterioso, á uno de los de su casta y raza, de los de su abolen-go y linaje; y á fe que más de cuatro á quienes por acá sufrimos, rabiarán de lo lindo al ver que de bóbilis bóbilis se encuentra usted con parentela tan gloriosa y tan buena casa solariega...

El autor de CHULAPERÍAS no me dejó proseguir; tachó de evasiva medrosa y no sé si hasta de vil subterfugio la que yo juzgué solución soberana, y se obstinó en su deseo, invocando—¡hasta con cierto temor supersticioso!—el clásico

*dejemos en paz yacer
á los que con Dios están.*

Pero ¡ah! que si López Silva es madrileño neto, yo soy neto aragonés, y mi testarudez ha de valerme. No haré hablar, por complacer buenamente al amigo, á ninguno de los que en otros tiempos «le precedieron en el uso de la palabra»: de la palabra desenfadada, expresiva, maliciosa y jovial de nuestra plebe. Mas he de rendir el debido tributo al escritor, y creo que después de lo mucho, muy bueno y muy justo que acerca de su personalidad se ha dicho antes de ahora, el mejor modo de acertar en aquel homenaje consiste en hacer más, para aplicar su significado á López Silva, ciertas frases muy gráficas y amenas, en las cuales hubo de formular nada menos que su *profesión de fe* uno de los críticos más sagaces, cultos y sinceros que ha tenido la España contemporánea.

José Ixart—que éste es el crítico á quien

ahora me honro en copiar y seguir—escribía diez años hace al frente de uno de sus libros:

«Se trataba del modo usado comúnmente para apreciar la aptitud artística y literaria, que consiste en atribuir más valor del que tienen á cualidades ó defectos de segundo orden, desconociendo en cambio lo que vale ella en sí misma. Á este propósito citó un ilustre escritor que estaba presente una frase de Montalembert: «Para pronosticar la suerte de un principiante no he tenido nunca en cuenta sus yerros ó sus extravíos. Lo primero es el talento; con él todo lo demás puede remediarse. Sin él es vana toda lección. El más hábil cocinero no servirá nunca un *filete*... sin *filete*; en cambio la más torpe Maritornes hará con él un plato nutritivo, por ahumado que esté. Lo que importa, pues, por encima de todo, es tener el *filete*.» La frase fué para mí desde luego como troquel de donde salió acuñado con gran relieve mi opinión par-

ticular de toda la vida, hasta entonces blanda y borrosa. No hablé más y me metí el troquel en el bolsillo. Y sucedió que desde aquella hora he ido aplicándolo á todo. Vaya un ejemplo.»

Lo cita Ixart, diserta acerca de él con un su amigo, y entre otras varias cosas, naturalmente de mucho jugo y que están sangrando, añade:

«... Lo que la humanidad entera con sus semidioses lo hacen las diversas tribus en cada pequeño aduar con sus idolillos. Por cada mil hay, si no un genio, un talento genial; por tanta carne con hueso, un filete. Y como si lo comiéramos todos los días nos entretenemos discutiendo si está mejor ó peor guisado. Y no es esto lo notable, sino que llamamos filete á las piltrafas. Porque no crea usted que es tan fácil distinguirlo como parece á primera vista. Hay además del filete legítimo carne muy fresca y sazónada que lo parece, sin serlo; otra magra y correosa que los paladares

comunes toman por tal, sin serlo tampoco; un arte especial de guisar que da el sabor de filete al hígado ó adereza la salsa de modo que se puede servir filete... sin filete, contra lo que creía Montalembert. Gracias á tal arte los tragamos gordos, amigo. Y hay, por fin, filete crudo de primera calidad chorreando sangre, que siendo el mejor repugna al vulgo y aun á los mismos cocineros.»

Trata luego el malogrado crítico del arte de guisar el filete—¡materia vasta y discutida, si las hay!—hasta que concluye por decir: «Yo, por mi parte, en vista de tan contradictorias opiniones, de la escasez del filete bueno y de las detestables especias con que lo aderezan, acabo por exclamar para mí: ¡Viva el filete crudo y abajo las salsas!»

Aun yendo quizás contra mis propios intereses, pues tal vez sea yo de los de las salsas, hago mío el *filete*, digo, la opinión de Ixart.

Y aplicando el contenido de esta «profe-

sión de fe, estética, con vistas al fogón, al contenido de las CHULAPERÍAS, digo á todos los que hayan tenido la bondad y la paciencia de pararse en el *Zaguán* en donde López Silva me ha puesto de plantón:

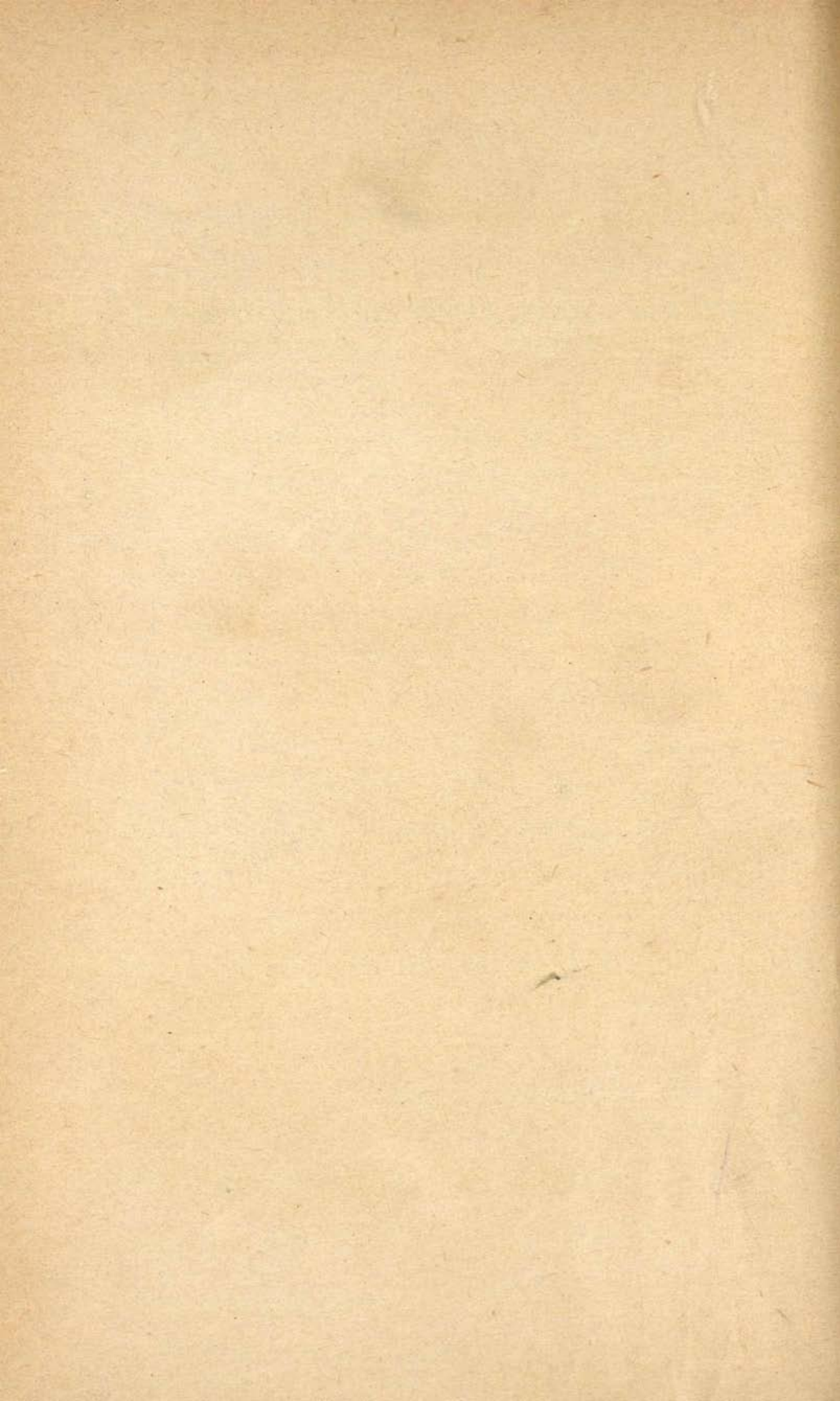
—Pasen, pasen, señoras y caballeros. Adelante, adelante, que aquí á nadie se engaña. El casero no da gato por liebre, ni disfraza la falta de solomillo con salsas complicadas, guisos sabios, especias exóticas y condimentos sorprendentes. Sepan todos que López Silva sigue siendo de los del *filete*... Y para que no pierdan el tiempo en discutir si estará ó no estará á su respectivo gusto, éstos que lo quieren en salsa, aquéllos que lo prefieren á la parrilla, y los de más allá que lo apetecen fiambre, sépase también que el *filete* de José López Silva es tal cual lo pedía José Ixart: de primera calidad ¡y crudo!

No por eso carecen las CHULAPERÍAS de algunos primorosos aderezos... Huertas, que también es de los del *filete*, ha enriquecido

el tomo con dibujos llenos de picante gracia y rigurosa exactitud. Joaquín Dicenta (¡buen *filete*, y chorreando sangre!) se ha encargado en el epílogo de que el lector «desengrase» de mi cháchara de portal, viendo de qué modo el que tan bella y valerosamente trazó en *Juan José* la tragedia plebeya, juzga al que en un sencillo diálogo traza todo un sainete, rebosante de espontánea agudeza, pintoresca exactitud y satírica intención.

Este libro no tiene más que un defecto: el introito. Pero hasta en eso ha de ser CHULAPERÍAS un libro eminentemente madrileño. La entrada en la villa suele ser desagradable, y luego ¡cómo toman el gusto á los pícaros y achulapados Madriles hasta los más refinados y exigentes cosmopolitas!... Y es que en Madrid, como en su López Silva, podrá no haber salsas raras y fatigosas, pero hay *filete* de verdad.

Mariano de Cavia.



VIAJEROS ILUSTRES

—¿De modo que este verano
qué es lo que piensas hacer?
--¡Vaya una pregunta! Dirme
fuera de Madriz.

—¡Tú!

—¡Qué! . .

¿Te figuras, por si acaso,
que Carolino Chacel
se va á quedar en Madriz
estos dos meses ú tres
destilando aceite de hígado
de bacalao por la piel?
¡Eso se queda pa algunos
méndigos, que no tenéis
representación social,
ni ropa ni bisoñé;
¡pero pa mí!... ¡Yo quedarme!...

¡Primero pierdo la nuez!
 Y no te creas que voy
 á dirme á Carabanchel,
 ni á Brunete, ni á Titulcia,
 ni á Canillas, ni á Aranjuez;
 yo voy á San Sebastián,
 ú á Gijón ú á Santander,
 ¡ú qué que á Vichyn!

—¡No digo
 que no, si te vas á pie!

—¡Buena gana de cansarse
 mientras haiga sudo-exprés!

—¡Ah, vamos, irás entonces
 en el *reservao!*

—¡Pue ser!

—¡Adiós, Fernán Núñez!

—Hombre,
 soy un poco menos que él,
 pero salgo.

—¡Tú qué concho
 vas á salir, si no tiés
 dos pesetas!

—¡Ay, qué gracia!
 ¡Pues si hubiera que tener
 dinero pa dirse fuera,
 no se marcharían seis
 de ca ciento que se marchan!

—¿Tú qué sabes?

—Yo lo sé
porque he visto á más de dos,
y quizás á más de tres,
comiendo patatas huérfanas
too el año, por escasez
de recursos pecunarios,
y así de que llega el mes
de Julio con las calores
y se les corre la pez
por la funda del envase, †
ya están agarrando el tren,
talmente como si fueran
de la *higa lif*. ¿Y eso qué es?
Que hay cincuenta martingalas
pa veraniar sin parné,
y sobre too, que muchismas
personas nacen de pies.
¿Por qué consigue de gratis
Trifino el de Peñafiel
los billetes, y se marcha
por ahí? Porque su mujer
le da el pecho por las noches
al sobrino de un marqués
hasta ver si le destetan.

—¿Pero la pagan?

—¡Y bien!

— ¡Entonces valiente mérito!
— ¡Qué mérito va á tener!
Na más que la suerte. ¡Cuántas
mujeres habrá que den
el tiple, si á mano viene,
y hasta el cuaduples, y pué
que tengan á sus maridos
como están en la sartén
las calandrias! ¡Con diznea!
— ¡Me parece!

— ¡Pues ahí tiés!
Y de eso hay muchos más casos
que fresas en Aranjuez.
¿Tú conoces á la Urbana?
— ¡Pues no la he de conocer!
— Y sabrás, por consiguiente,
que vive con estrechez,
porque hay noches que hasta creo
que no cena.

— Ya lo sé.
— Bueno; pues yo me pregunto:
¿cómo se va esta mujer
en segunda toos los años
á San Juan de no sé qué...
— De Luz.

— Y se está dos meses,
y pernozta en el hotel

mejor, y da más que hablar
que el Navarro Reverter?

—¡Qué sé yo!

—¿Cómo se arregla

pa salir ese cimbel
de Gómez, teniendo sólo
quinientos riales al mes
en la ofecina y pisando
con el contrafuerte?

—Pué

que lleve dietas.

—¡Llevaba!

¿Qué dietas va á llevar él?
¡Las que ha pasao en la vida,
que son varias! No le des
vueltas, hoy hasta los golfos
cambian de aires, Juan Manuel,
porque salir unos días
hace muy pequeño el pie.
¿Que no hay dinero? Se busca.
Pides, es un suponer,
pa enterrar á tu señora
(que te se muere una vez
tóos los años), y paz Cristi.
¿Que no encuentras quien te dé
ni un perro, porque se huele
la manteca del pastel?

Pues no te apuras; entonces
 vas y quedas á deber
 la casa, los comestibles,
 la ropa y hasta el *col crem*,
 si lo usas. ¿Que no te fían
 el valor de un alfiler?

Pues vas y coges y empeñas
 la Biblia Santa y amén.

Aquí la cuestión es dársela
 de príncipe japonés
 y salir, aunque el estómago
 te se apene.

—¿Sí?

—¡Chipén!

—¿Y tú sales?

—¡No te digo!

—Pero ¿de veras?

—¡Á ver!

—¿Á puerto de mar?

—¡Es claro!

—¿Te bañarás?

—¿Yo, pa qué?

—Pa quitarte, por lo menos,
 esa corteza que tiés
 en el pescuezo, y supongo
 que en las rodillas también.

—Hombre, mira... la corteza

me la ha dao Dios, Juan Manuel,
y yo á Dios nunca le enmiendo
la plana. ¿Sabes por qué?
Porque las cosas de arriba
ni tú ni yo semos quién
pa suzsanarlas. Suponte,
porque too pué suceder
dentro de la vida, que esta
naturaleza de buey
que tengo y este carázter
dulce y esta robustez
se deben á la corteza
de que estás hablando, bien
porque evita que penetren
por los poros de la piel
un porción de enfermedades,
ú por otra cualisquier
circustancia de las muchas
que concurren.

—Ya lo sé.

—Y que un día yo, pa dárme las
de elegante, sin tener
gran nesecidaz realmente,
voy y me restrego bien
con potasa, porque de otra
manera no puede ser,
y que pa aclararme el cutis

me doy un baño después,
y que el cuerpo me lo extraña,
con mucha razón, y que
me se azdiere un parálisis
de esos que hay de mala ley,
y que de resultas tengo
que pasarme la vejez
en un catre, propiamente
como el general Weyler
se la está pasando en Cuba,
y que me aburro...

—Pero es
que á la vuelta de dos años
ya no te va á conocer
tu madre, porque pa entonces
te ha brotao musgo en la piel,
Carolino.

—No hagas caso.

—¡Hombre, creo que pa hacer
una oservación me sobra
franqueza!

—Y hasta pa diez;
pero estoy muy sastifecho
con mi manera de ser...
Yo no salgo por higiene,
porque pa lavarse bien,
con bajar al Manzanares

basta y sobra, Juan Manuel.
Yo salgo por elegancia
lo primero, y á la vez
por conveniencia.

—¡Mecachis!

—Y te voy á convencer:
Se esplica que no salgáis
en verano los que seis
artistas de habitaciones,
con negocios á granel,
porque ésta es la temporada
más lucida que tenéis;
pero ¿qué hago yo en Madriz
con dos relojes ú tres
que van á quedar, y pa eso
de níquel ú de dublé?
¿Qué cómo yo si me quedo
sin trabajo too este mes?
¡Chochas en vinagre! Y ahora,
tú, que llevas el quinqué
bien alumbrado, dí si debo
marcharme.

—¡No has de deber
Bajo ese punto de vista
comprendo que haces muy bien.
—¿Verdaz que sí?

—¡Ya lo creo!



—¿Tengo razón, Juan Manuel?

—¡Te se sale por la punta
de los dedos de los pies!



GENIO Y FIGURA...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa, que parece que hay que hacer rogativas pa que muevas los labios desde ayer, y pa que pongas la gaita en el estao en que se lleva por regla general?

—Mira, Vitorio; ¿tú eres amigo mío?

—En esa idea

por lo menos estoy.

—¿Tú me conoces?

—Te conozco lo mismo que si hubiera llevao tu propio ser en mis entrañas doce meses, lo menos.

—¿Tú recuerdas algún suceso grave que haiga sido capaz de trastornarme la cabeza desde que nos tratamos?

—No recuerdo.

—¿Tú carculas que tengo yo esperiencia?

—Ya no eres ningún niño, Sinforoso, y á juzgar por la edaz debes tenerla.

—¿He corrido yo mundo?

—Cuando menos no le has andao á paso de carreta.

—¿Distingo yo?

— ¡Pa chasco que distingas!

—Pues yo, que soy un hombre en toda regla, périto en los asuntos mundanales, cansao de conocer las triquiñuelas del llamao seso débil por algunos que en su vida sabrán lo que se pescan; yo, que he tratao desde que tengo el goce de la razón, y no es de ayer la fecha, un centenar, lo menos, de mujeres de todas las calañias y raleas;

ardientes unas, reflexivas otras,
guapas las más, las menos pasaderas,
dulces como el arrope de la Mancha
las de aquí, las de allá perros de presa,
delicás de saluz, llenas de vida,
gordas, flacas, honrás y viceversa;
yo, que sé como pocos en el mundo
profundizar el pensamiento de ellas,
porque me ha puesto Dios un aparato
de cien bújias debajo de ca ceja,
y que me ha sido fácil el llenarlas
en sus gustos, caprichos y exigencias
sin consentir jamás que se bajasen
haciendo indicaciones indireztas;
yo, que tengo esa práztica, que gozo
de ventajas tan grandes y diversas,
y que domino cuasi todo aquello
concerniente á las cosas de las hembras,
de tal modo que no hay quien me aventaje
ni dentro de Madriz ni en sus afueras,
estoy en este instante propiamente
lo mismo que un chiquillo de la escuela
por mor de una mocosa, que me ha vuelto
modorro de los pies á la cabeza.
—Sospecho de quién hablas.

—De la Irene.

De la Irene, de la única doncella

(perdona la espresión) que ha conseguido tomarme el cutis y pisar mi cencia; de esa mujer sin gratituz ni nada, que debiendo besar donde se sienta un hombre como yo, tan desprendido que pone too lo suyo en manos de ella, paga los beneficios que recibe con el desdén más grande de la tierra, sin que me haiga servido la pericia, ni el tazto, ni el quinqué, ni la esperencia pa dar con la razón, causa ú origen de un proceder tan sucio como el de ella Tú conoces la historia.

—Sí.

—Tú sabes

que la he quitao de encima la miseria y que la he retirao del periodismo y de otras distracciones cuasi anejas que si no dan provecho, lo que es honra... ¡me río yo, Vitorio!

—¡Cualesquiera!

—Yo la metí en mi casa por su gusto, teniendo que echar antes á la Petra pa evitar rozamientos; yo la paso tan buena mantención como á una reina, pongo por comparanza; yo la visto como puede vestir á la princesa

del *Caramán Chimay* el propio *Róchil* cuando le llegue el turno de tenerla; yo la he diznificao, temporalmente, á los ojos del mundo, dando pruebas de que pa mí no hay castas ni linajes tratándose de hacer una obra buena... y ¡ahí la tienes, Vitorio, sin embargo, cuasi siempre morruda y descompuesta con el que la ha sacao de la intemperie pa llenarla de honores y finezas!

Cuando la miro gruñe como un perro; cuando la hablo se calla, ó si contesta lo hace con los extremos inferiores.

Si la toco por una coincidencia los pelos de la ropa, verbo en gracia, se vuelve contra mí como una fiera, y á todo esto yo, loco, me pregunto sin poder tropezar con la respuesta: ¿No vive como quiere? Pues entonces ¿qué le ocurre? ¿qué busca? ¿qué desea?
—¿Quiés que yo te lo diga?

—Si lo sabes

ya lo creo que sí.

—Pues no te ofendas y escucha el evangelio.

—Ya te escucho.

—Lo que le pasa, pa que tú lo sepas,

á la Irene, hoy en día, Sinforoso,
es... que tú ya has cumplido los cincuenta
va á hacer más de seis años; que la chica
pué pasar fácilmente por tu nieta;
que es guapa, que es baril, que tié la sangre
de fuego, como todas las morenas;
que has perdido en humor y en circunstancias
al ganar en edaz y en esperiencia,
y que el tiempo destruye, y que ya debes
pensar en ir sentando la cabeza,
porque dice el refrán que el chocolate
no se hizo pa las mulas de colleras.

—¡Entoavía estoy útil pa el servicio
de las armas, en caso de una guerra!

—¡Según con quien tuvieses que batirte!

—¿Qué es eso de según? ¡Con cualesquiera!

—¡Te engaña el ardor bélico!

—¡Pa rato

hay corazón y táctica!

—¡Sí, juega,

que, si sigues jugando, verás cómo
te pone el enemigo en una de esas!

LOS COMPARSAS

A mi distinguido amigo Mariano Alsina.

—Poco más ó poco menos,
ocurrió de esta manera
la cuestión: Tú ya conoces
á Tomás, *el Medialengua*.

—Le conozco.

—Tú ya sabes
que á sucio y á sinvergüenza
no le ganan dos.

—Me costa.

—También es facil que sepas
que tié la sangre más mala
que un toro de Concha y Sierra,
y que vende por dos céntimos
á su madre como pueda.

—¡Claro está que sí!

—Corriente.

Pero lo que tú no llegas á saber, porque á Dios gracias nunca le has tratao de cerca, es que le ocurre lo mismo que á la torre de la iglesia de Santa Cruz: que de puro largo se le ve á cien leguas, y que se la da á los tontos de nación, pero no á menda.

—Contraite al asunto.

—Bueno.

Pues Tomás *el Medialengua* y yo estábamos un poco picaos por desaveniencias ocurridas en el seno de *El Arco de Iris*, ú sea la comparsa de odaliscas que presidía *el Malluendas*, donde él era postulante y yo cabo de panderas. ¡Na, si se mira bien! Una disconformidaz de ideas sobre el sitio donde habíamos de dir á ensayar la orquesta. Él se empeñaba en llevarnos

de hocicos á la trastienda
del despacho de bebidas
de Venceslao *el de Métrida*,
porque le vale dos copas
ca parroquiano que lleva,
y yo quería que fuésemos
á casa de la Lorenza,
donde, como tú comprendes,
hay libertaz y franqueza
pa tocar too aquello que á uno
se le ponga en la sesera.

—Y sin molestar á nadie.

—No tan sólo no molestas,
sino que te dan las gracias
encima y hasta te osequian,
porque ella goza con eso,
Zenón.

—¡Á quién se lo cuentas!

¡Mia tú que habremos tocao
cosas en su casa de ella
siendo de la estudiantina
de *Los Siete Niños de Écija!*

—¡Y qué mujeres las que iban
á los ensayos! ¿Te acuerdas?

—¡Así se esmeraban todos
en la ejecución!

—¡Qué Usebia,

la del Pasaje de Murga,
chico!...

—¡Mia que estaba gruesa!

—¡Y qué formas que tenía!

—¡Y qué complaciente que era!

¡Y qué manos!

—¡Y qué boca!

—¡Y qué gitana!

—¡Y qué abierta

de carázter! Ya podías

gastar bromas con la Usebia,

que nunca le hacían daño

por muy pesadas que fueran.

—En cambio, quieres hoy día

tomarte cualquier franqueza

de buen género con una

que te se antoja que alterna,

y va y se atufa de pronto

y se vuelve y te contesta:

«¡Tóquese usté las narices

á ver si las tié usté frescas!»

—¡Y luego, si á mano viene,

sabe Dios!

—¡Ese es mi tema!

—Hoy hay más hipogresía,

Zenón.

—Y menos vergüenza,

si cabe.

—Sí, porque entonces parecía como que á ellas les importaba una chufa del decoro y la decencia, por su genio, pero un día te daba la ventolera de marcharte del seguro sin pedir antes licencia... y tú ya sabes las veces que te han lastimao la geta.

—Más de quince.

—¡Ya lo creol
Y más de cien.

— Con la lengua te dejaban que gastases las bromas que tú quisieras, porque les gustaba mucho la cháchara, pero fuera de eso. .

—Lo contrario que ahora. Ahora es todo filadelfia, y mírame y no me toques y orgullo y presopopeya... ¡y ves por ahí ca desgracia de familia que Dios tiembla!
—Hay escepciones.

—Es claro

que las hay. ¡Lástima fuera!
—Sí, pero... en fin, al asunto.
Sigue.

—Pues que *El Medialengua*
se conoce que se dijo
al llegar Carnestolendas:
«Estos de *El Arco del Iris*
son unas tórtolas huérfanas,
y en cuanto que se distraigan
les tomo la cabellera».
Pero yo, que aunque hay algunos
como él que tienen la idea,
porque sí, de que me mamo
el pulgar de la derecha,
no me le mamo, á Dios gracias,
porque es una cosa fea,
le vide el martingaleo,
y le oservé con cautela,
y noté que en los tres días
sacó de mala manera
de lo de su postulancia
lo menos cuatro pesetas.
Yo me hice el tonto pa darle
la lección en toda regla,
y el Miércoles de Ceniza
me le cogí en la pradera
del Canal, cuando ya estábamos

alegres de la cabeza,
y delante de too el mundo,
pa no andarme con reservas,
le esclamé: «¡Tú eres un hijo
de mala familia, y piensas,
porque me has tomao por otro,
que los galápagos vuelan!»
Él tuvo á bien contestarme
dándome aquí, en la cadera,
con un ladrillo, y entonces
yo le segundé la idea;
la mitaz de la comparsa
vino y tomó mi defensa,
la otra mitaz fué y se puso
de parte del *Medialengua*,
y á los dos ó tres minutos
se armó allí tal trapatiesta
de palos, coces, mordiscos
y mamporros, que la juerga
de la unión republicana
fué un *tedéum* al lao de ella.
—Tú te ocecastes.

—¿Yo?

—Claro.

Tomás será lo que quiera,
pero no creo yo que haiga
ninguna persona seria

capaz de pringarse en una
porquería tan pequeña.

—¡Ay, qué gracia! ¡Vamos, hombre,
no salgas ahora con esas!

¡Si estoy yo cansao de hacerlo
y ya conozco el sistema,
conque pa que á mí me cuelen
sinvergüencerías de esas!

—¡Ah, tú también!...

—¡Y tú mismo!

—¡Toma, pues no que se juega!



COPLAS

Entorna los ojos
si no quieres verme,
pero déjame, niña, besar en tus labios
aunque me envenene.

No te burles de ella
porque haya caído;
nadie debe burlarse del ebrio
si le gusta el vino.

¡Qué buena vida te espera!
Ya tienes mujer bonita,
salud y poca vergüenza.

—

No presumas ni me digas:
—*De este agua no beberé,*
que he visto en el mundo cosas
más negritas que la pez.

—

Ya sé por qué gastas
calcetines negros:
porque de ese modo las manchas de tinta
se conocen menos.

—

El cuento de las escobas
con tus coplas me recuerdas;
tú también las das baratas...
¡tú también las robas hechas!

—

¡Anda y sablea á tu padre,
y no me vengas con gaitas
y trabaja, si te sale!

—

Mañana me estrenan
un drama en tres actos.
¡Quiera Dios que á mis buenos amigos
les parezca malo!

—

Madre, no te acongojes
al verme inútil,
porque á mi *comendante*
le han *dao* tres cruces.

Á un crítico dió la mano
tu confesor la otra tarde.
¡No se la beses, morena,
que puedes inficionarme!

¡Ay, madrecita del alma,
quién lo había de decir!
Ella está loca por otro...
y la quiero más que á ti.

¡Qué dientes tan blancos!
¡Qué boca tan fresca!
¡Qué carita de Virgen del Carmen.
¡Qué poca vergüenza!

¿Por qué te afliges, mujer,
si, más tarde ó más temprano,
tenía que suceder?

Dí que sí, gitana,
¡mira que estoy loco!

¡Pero tarda, mi vida, en decirlo,
que no quiero olvidarte tan ¡ronto!

—

Lo mismo que con tus risas
pierdo el tino con tus lágrimas:
cuando ríes... me alborotas,
cuando lloras... me desarmas.

—

Vengo con un brazo menos,
pero no te apures, madre,
que en cambio me han *dao* las gracias...
y una cruz de treinta reales.

—

No llores más, que ya tengo
todo lo que me hace falta:
un beso tuyo, morena,
un maüser y una guitarra.

—

¡Míralos cómo se baten!
¡Qué hombrecitos más pequeños!
¡Qué corazones tan grandes!



UNA ADQUISICION

—¿No sabes que me he echao novia?

—¿De qué quieres que lo sepa?

—Pues hombre, de que podías haberme visto con ella casualmente por la calle.

—Pues no te he visto; dispensa.

—Yo pensé que lo sabrías, porque como hace ya cerca de dos meses que entablemos la fusión en toda regla, cuasi siempre estamos juntos.

—¿Y qué tal persona es ella?

—¿De aspecto?

—Claro.

—¡Pero, hombre,

si debes de conocerla!

—¡No sé de qué!

—De cuando íbamos
al callejón de las Velas
al baile aquel que llamaban
del *Tersícore*.

—Es que pueda
ser que sí que la conozca.

—¡Natural! ¿No te recuerdas
de una chica que la dicen
Reimunda la *Chapucera*,
que tié un puesto de taránganas,
menudos y gallinejas
á la salida del Rastro
tirándose á mano izquierda,
y que estuvo pa casarse
del too con Pepe *el Mollejas*?

—¿Es una que va de claro
cuasi siempre?

—No tié regla;
va de claro y va de oscuro
según cómo caen las pesas.

—No me recuerdo.

—Pues mira,
es una chica morena
con una mata de pelo
como la mora de negra,

¡con cá ojazo y cá carrillo
y cá forma y cá cadera,
y con unas simpatías
y un aquél y unas maneras...
que hace falta ser de corcho
pa no hincar el pico al verla!
—¡No te tiras á lo feo,
Licinio!

—¡Lástima fuera
que después de tantos años
de conocer á las hembras
y de alternar con too Cristo
y de dir de ceca en meca,
fueses á poner tus miras
en un escuerzo cualquiera!
—Eso es verdad.

—¡Pocas gracias!

Quando eres joven y empiezas
á dar vuelos por el mundo
motur propio; cuando llevas
un estómago de bronce
que azmite too lo que le echan,
verbo en gracia, igual que torno
de inclusa ú que faldriquera
de concejal inesperto,
y cuando no te hacen mella
las eruciones cutanias,

ni los golpes, ni las juergas,
ni las bebidas alcohólicas,
ni las legumbres histéricas,
ni los cambios amosféricos,
ni los desengaños de ellas,
ni na en este mundo, entonces
pa ti no hay guapas ni feas,
ni señoritas, ni chulas,
ni casadas, ni solteras;
pa ti no hay más que mujeres,
que te atontan y te ciegan,
y te parecen hurises
hasta los mozos de cuerda.
Pero á cierta edad, los hombres
tien, Paco, sus desigencias,
y pa que se encalabrinen
es necesario que sea
la mujer una Cibeles,
más bien más que menos.

—Y ésa,

por lo que aquí se deduce,
llena tu ojezto.

—Le llena,
porque además de bonita
y de graciosa y de gruesa
es maznánima, ¿comprendes?
y no admite que carezga

de na de lo necesario
el hombre que hable con ella.
Es decir, que á ti de pronto
te hace falta, si se terciá,
bien un par de calzoncillos,
ó bien una camiseta,
ó bien pa dir á por una
cajetilla de cuarenta,
pues tiés ahí á la muchacha
que no sé cómo se arregla,
pero va y te lo conoce
y lo sufraga, aunque sepa
que al obrar en esta forma
hiere tu delicadeza.

—Si la tengo.

—Es una pótesis;
pero ya entiendes la idea.

—¡No te has encontrao mal momio!

—¡Regular!

--Ahora no metas
la pata, como acostumbras
con todas las que te osequian,
y te dé un disgusto gordo
la familia.

—¿Cuál?

—La de ella.

—¡No hay cuidao por esa parte!



—¿Por qué?

—Porque es medio huérfana.

—¿Vive sola?

—Cuasi sola.

—¿No tié madre?

—La tié fuera.

—¿Dónde?

—En Alcalá de Henares,
por una mala querencia.

Cuestión de cinco ú seis años;
de modo que, hasta que vuelva,
tocante á trato me río

yo del ministro de Hacienda.

—¡Mia que tiés lo que se dice
vulgarmentel...

—No lo creas,
que anoche me armó un escándalo
de hora y pico la Teresa,
porque me vieron con la otra
unas conocidas de ella,
y como sabes que tienen
las mujeres esa lengua,
pues han ido y la han soltao
la noticia.

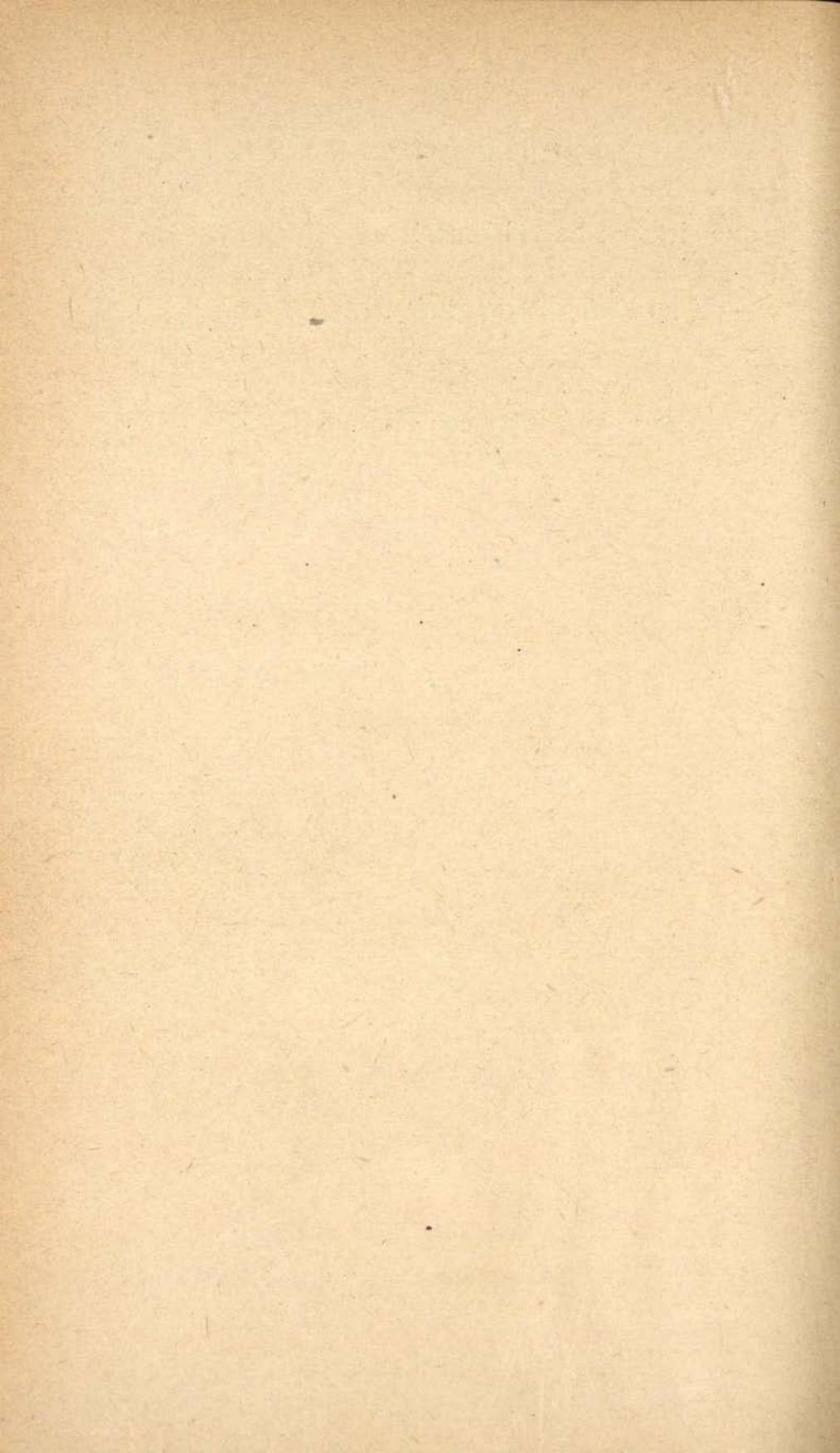
—¡Donde quiera
que hay mujeres ya se sabe

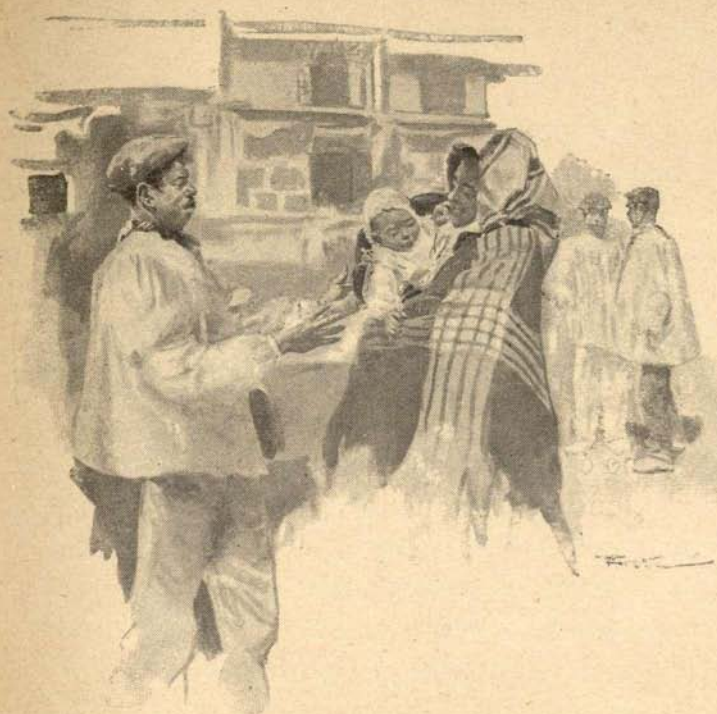
que siempre hay chismes!

—¡Y guerra!

—¡Y no sirve que te atufes!

—Ni sirve que le des vueltas,
porque así vienen al mundo
y así hay que cargar con ellas.





AL PIE DE LA OBRA

—Vamos, trae pa acá ese niño,
y siéntate aquí, en el suelo,
y ves calando la sopa...
¡Y no pongas ese gesto
de vinagre, que te he dicho
que me ataca de los nervios
el verte así! ¿Qué te ocurre?

¿Tíes algún dolor interno?
¡Mentira! ¿Te se ha perdido
la cosecha? No lo creo,
porque los que no tien granos
que sembrar, se libran de eso.
¿Te ha llamao alguno fea
por un por si acaso? ¡Menos!
Que no hay quien pueda llamártelo
si no es loco y está ciego.
Entonces, ¿por qué te vienes
con esa cara de perro,
y por qué le miras á uno
como si uno fuese un cero
á mano izquierda? ¡Miá, niña,
que te veo y no te veo,
porque estás un poco tonta
y yo voy cambiando el genio!
¿Es que te crees que has nacido
pa reina madre, lo menos,
y te se caen las veneras
porque comes en el suelo
con un arbañil? ¡Qué gracia!
¡Pues no está llorando!... ¡Bueno!
¡Vamos, hombre, si no fuese
mirando lo que te aprecio,
te daba así en las narices
con la tapa del puchero.

.....
.....

¡Pero cállate, preciosa,
y sécate esos dos huecos
que Dios te puso en la cara
pa trastornarme el cerebro!
¿Por qué tiés tú que estar mustia,
gloria in excelsis el dedo,
si no hay quien tenga en Uropa
lo que tiés tú con tu Usebio?
¿Qué te falta á ti en la vida?
¡Dílo, para dir yo por ello!
¡Y habla, mujer, que si no hablas
te se va á oxidar el juego
y va á haber que colocarte
en la nuez un timbre eléctrico!
¿Quieres? ¿Quieres canela
fina? ¡Pa qué quieres tú eso,
si te sale á borbotones
por las puntas de los dedos!
¿Quieres cariño y ternura?
¡Qué has de querer, si hay momentos
en que te pones hartiza
de tanto como te quiero!
¿Quieres más sastifaciones
ni más paz ni más sosiego
que el que tiés á todas horas

dentro del hogar doméstico?
¿Que sí? ¡Cállate, embustera,
y no quieras darme el queso,
que te se ve por los ojos
lo que llevas ahí adentro!
¡Qué has de pedir tú, si tienes
un hombre que es un modelo
de perfección! Si no, ¿cuándo,
desde que nos conocemos,
has tenido que llamarme
borracho, ni mujeriego,
ni jugador, ni mal hombre,
ni sinvergüenza, ni cerdo?
¡Nunca en jamás de la vida!
Pesao y esigente, bueno;
pero pesao y esigente
me lo has llamao, no en conceto
de disgusto, sino en tono
como de agradecimiento.
¿Cuándo has llevao tú señales
amoratás en tu cuerpo
nacarao que no haigan sido
realizás en un arceso
de estimación? ¡Nunca! ¿Cuándo
te ha esigido á ti el deseo
cualquier antojo que no haiga
llenao siempre tu moreno?

¿Dónde has visto tú dos seres
que después de tanto tiempo
estén, pa el caso, lo propio
que el día que los uncieron?
Y no digas que vivimos
asimilaos hace medio,
ni uno ni dos, que en los años
que hace que nos englobemos
legalmente, por conduzto
del cura de San Lorenzo,
puede que otros estuvieran
tirándose de los pelos.
Y no como nos tiramos
tú y yo, pongo por ejemplo,
que el tirarse así es gastar
una broma de buen género,
sino dañándose el cutis
y perdiéndose el respeto.
¡Vamos! ¿Ves cómo te ríes?
¡Porque oyes el Evangelio!
¡Dices tú!... ¿No te da gusto
cuando cualquier caballero
de canoa se nos queda
mirando, como diciendo:
«¡Qué mujer tan rebonita
y que arbañil tan flamenco,
y qué plato de cocido

tan rico se están comiendo!
¡Quién fuera arbañil y pobre
pa ser tan feliz como ellos!...»
Y se va el hombre too triste
porque, aunque tenga dinero,
pué que le falte en el mundo
lo que nosotros tenemos:
dos corazones muy grandes,
un cuartito muy pequeño,
juventuz, calor, cariño,
y un angelito del cielo,
con mi alegría en sus ojos
y entre los labios tu fuego,
pa que mientras que nos viva
no se nos vaya el recuerdo...

.....
Vamos, ¿lo ves? Con la cháchara
no he probao el alimento
y estoy como si me hubiese
metido un pavo en el cuerpo.
¿Eso qué prueba? ¿Que nada?...
Levántate ya del suelo
y recoge esa *vajilla*,
y tráele que le dé un beso...
y anda con Dios, envidiosa,
y no pongas ese gesto...

ECOS DEL GRAN MUNDO

Para descansar de sus penosas faenas artísticas, y en busca de alivio á sus dolencias, salió ayer en conducción ordinaria, para nuestras posesiones del Estrecho, donde pasará diez y seis años y un día, el reputado artífice Licinio Expósito, (a) *el Epiceno*.

¡Quiera Dios que las embalsamadas brisas del Mediterráneo afiancen la preciosa y quebrantada salud de nuestro queridísimo amigo!

* * *

Esta tarde á las dos ha recibido sepultura cristiana la digna compañera del insigne cargador de pellejos *el Mandanga* y del probo lacero de la Villa Pelegrín Casarrubios, *el Tiñama*.

El duelo, presidido por un tío
carnal de la finada,
se despidió en el Puente de las Ventas.
¡Descanse en paz la virtuosa dama!

*
* *

Víctima de la peste bubónica, ha fallecido en Bombay, cuando aún estaba en los albores de la vida, la encantadora y angelical criatura Rosaurita Morato.

¡Reciban sus afligidos papás, los señores de Golfo-Alegre, la expresión de nuestro más sentido pésame!

*
* *

Anteayer dió á luz con toda felicidad un robusto infante la caritativa señora doña Sebastiana Regúlez, dueña del acreditado depósito de trapos y pan duro de la calle de Chopá, y ya se dice que han surgido serias dificultades para la inscripción del recién nacido en el Registro civil.

Esta especie, totalmente inexacta, que ha venido á recrudecer el dolor en que está sumida tan respetable amiga nuestra en los momentos

en que se conmemora el aniversario de la muerte de su esposo, ha producido indignación hondísima en los círculos del gran mundo.

¡Están muy altos los prestigios de doña Sebastiana Regúlez para que puedan ser merma- dos por un calumniador vulgar!

Digamos con nuestro gran pirotécnico: *Hon- ni soit qui mal y pense.*

* *

Háblase con insistencia de una cuestión per- sonal entre dos artistas eminentes, cuestión á la que han dado origen, según se asegura, ciertas expresiones ofensivas para las madres de ambos.

Teniendo en cuenta lo pueril del motivo y la calidad de las personas que intervienen en este asunto, espérase una solución tan satisfactoria como digna.

* *

Se da como segurísimo
que, examinando una faca
de muelles en cierta tienda
asilo muy frecuentada
por la gente de buen tono,

tuvo anoche la desgracia,
que lamentamos, de herirse
malamente, en una nalga,
el concienzudo peón
de mano Felipe Algarra.

*
* *

Ha sido pedida para el joven y ya notable
bandurrista D. Jacobo Labraña, (a) *el Resentido*,
la mano de la espiritual mondonguera doña Ob-
dulia Domínguez, (a) *la Pujitos*.

La boda, que se celebrará en cuanto se verifi-
que el bautizo del primogénito de los contrayen-
tes, promete ser un acontecimiento.

*
* *

Nos complacemos en anunciar á nuestros lec-
tores que ha sido nombrado socio correspondien-
te de la Noble Academia del Escalo, el conocido
hombre público é integérrimo exconcejal de
nuestro Ayuntamiento D. Aquilino Gorrínez.

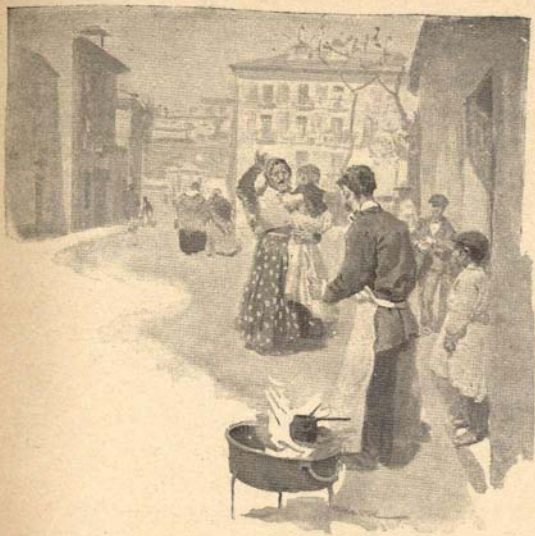
Felicitamos de todas veras á la ilustre corpo-
ración por tan acertado nombramiento, en el que
ha presidido la más estricta justicia.

*
* *

Con otra noticia triste,
de cuya veracidad
se nos responde, nos vemos
obligados á cerrar
esta crónica. Parece
que Rita *la Desahogá*,
la linajuda bollera
de la calle del Grafal,
cuyas reuniones íntimas
tanta popularidad
gozan hoy, está resuelta
muy seriamente á dejar
de recibir.

Convencidos,
como estamos, de que habrá
en el mundo aristoerático
quien vea en esto un *canard*,
antes por lo inverosímil
que por lo sensacional,
damos la noticia á título
de información nada más.

MONIPODIO.



MONÓLOGO

*Cuando un hombre que es muy hombre
sus lágrimas deja ver,
allá, en el fondo del alma,
¡qué penas debe tener!*

I

Aquí me tienen ustedes
encerrado en una celda,
mordiéndome las entrañas

de coraje y de vergüenza
y vertiendo por los ojos
la bilis que me envenena
en lágrimas que parecen
de estaño por lo que queman.
¿Que por qué estoy en la cárcel?
¡Por ninguna cosa fea!
Porque quiso el que está arriba
ponerme fuego en las venas
y amor en el lao izquierdo,
y pundonor... ande sea.
¿Que cómo fué la desgracia?
¿Que ande pasó la ocurrencia?
Voy á decírselo á ustedes
si no me faltan las fuerzas,
que hay trances en que los hombres
tienen menos resistencia
que las mujeres, por duros
y por templeaos que parezcan.

.....
¿Lo ven ustedes? Ya tengo
las lágrimas á la puerta.
¡Cómo corren pa escaparse!
¡Qué amargas que son las perras!

II

Era un nido de palomas
mi guardillita tras era,
con sus paredes más blancas
que la nieve de la sierra;
llena de aroma y de música
que pa colmo de grandezas
nos daban dos jilguerillos
y un tiesto de hierbabuena.

Pues en aquella guardilla
de amores, que por lo cerca
que está del cielo, parece
gloria bendita; entre aquellas
cuatro paredes que guardan
mis suspiros á docenas,
vivíamos hace poco
los cuatro juntitos: ella,
mi Luisa, (¡Dios la perdone!)
con su cara de azucena,
causa de mis alegrías
y origen de mis tristezas;
la viejecita de mi alma
que se morirá de pena
sin tener nadie que cierre

sus ojos cuando se muera;
un angelito del cielo
rubio como las candelas
que Dios nos puso en el nido
pa no sentir la miseria,
y yo, el hombre más juicioso,
más bueno y con más vergüenza
de toda España, y ustedes
perdonen que me envanezca.

III

Pues ná; que una tarde estaba
yo muy tranquilo á la puerta
de mi taller, encolando
los tableros de una mesa
de planchao, cuando de pronto
vi de venir á la abuela
con el niño, calle arriba,
pálida como una muerta
y buscándome con ansias,
temblorosa y descompuesta.
Conque salí casi muerto
y cuando la tuve cerca,
¿qué es eso, madre?—la dije.

¿Se siente usted mala? Y ella
sin poder mover los labios,
contestó que no, por señas.
¿Es el niño? No, me dijo
moviendo así la cabeza.
¿Es qué...? y antes que acabara
sentí como si me hubieran
dao en mitaz de los sesos
con una maza de piedra;
miré asustao á mi madre;
vi en sus ojos la respuesta;
eché á correr cuesta abajo,
disparao como una flecha;
llegué á mi casa; subí
de dos brincos la escalera,
hice saltar á patadas
el cerrojo, y tan y mientras
que el cobarde aquel, buscando
su salvación en las tejas,
quiso Dios que se estrellara
de bruces contra la acera,
yo, ciego, loco, borracho,
metí mano á la herramienta...
¡y allí me quedé sin vida
porque se acabó la de ella!

IV

Lloré al ver desencajada
su carita de azucena
causa de mis alegrías
y origen de mis tristezas.
Sentí frío al ver su sangre
resbalando por aquellas
paredes mucho más blancas
que la nieve de la sierra,
y salí de allí frenético
buscando quien me prendiera...
y aquí me tienen ustedes
encerrao en una celda
mordiéndome las entrañas
de coraje y de vergüenza
y vertiendo por los ojos
la bilis que me envenena
en lágrimas que parecen
de estaño por lo que queman.

V

¿Que hice mal? ¡No me se importa,
ni lo siento ni me pesa!
Lo mismo haría cien veces

y cien mil que me ocurriera.
¿Que eso lo castiga el Código?
No entiendo de cosas de esas.
¿Que soy criminal? ¡Mentira!!
Tengo yo tanta conciencia
de mi honradez, que no quiero
ni abogao que me defienda,
ni perdón dao de limosna
ni juez que se compadezca.
Iré al banquillo mañana
seguro de mi inocencia,
con la verdaz en la boca,
con la mirada serena
y con la frente tan limpia
como la lleve cualquiera;
y si al escuchar los jueces
el relato de mis penas,
y al saber que una arrastrada
mató de mala manera
mi felicidad, que vale
más que cien vidas enteras,
hay uno que me condene
con arreglo á su conciencia...
¡ese no ha querido nunca
con fatigas á una hembra,
ni ha conocido á su madre,
ni sabe lo que es vergüenza!

EL TEATRO POR DENTRO

—¡Señora, le he dicho á usted
que no se puede pasar
al escenario! De modo
que tenga usted la bondad,
si es que quiere, de quitarse
de enmedio pa no estorbar.

—¡Ay, hijo, vaya unos humos!
¡Ni la fábrica del Gas!
¡Habrà venao!

—¡Mamá, cállate!

—No quiero.

—¡Por Dios, mamá!...

¡Que si te oye va á decirte
cualquiera barbaridad!

—Ties razón.....

.....—Y diga usted,

¿no podríamos hablar
con el empresario?

—¡Tú,

López!

—¿Qué ocurre?

—Si vas

hacia el saloncillo pa algo
por una casualidad,
le dices a don Enrique
que le vienen á buscar
dos mujeres.

—¡Dos señoras!

—¡No le hagas caso, mamá,
porque hoy tienes mucha bilis
y la puedes ensuciar!

.....
.....

—Pasen ustés.

—Vamos.

—Anda,

y ten arte, Soledaz,
que dicen que este empresario
es muy duro de pelar.

.....
.....

—Muy buenas noches.

—Muy buenas.

—¿El señor de Arregui está?

—Servidor de ustedes.

—¡Gracias!

Salúdale, Soledaz.

—Buenas noches.

—Usté claro

que no me conocerá.

—No tengo ese gusto.

—Bueno,

pero pa el caso es igual.

Yo soy madre de esta joven,

y le vengo á molestar

á usté por si puede hacernos

un favor.

—Usté dirá.

—Nosotras hemos vivido

con la buena sociedad

toda la vida, y en casa

no hubo estrechez en jamás,

porque el padre de la niña

fué seis años concejal

y estuvo en la comisión

de limpiezas y demás.

Puede que usté le conozca.

—Puede.

—Con seguridaz;



un tal Marránez.

—No caigo.

—¡Me extraña mucho, caray!

Bueno, pues en dos palabras:

él se acaba de casar,

porque al cabo de los años

nos ha salido un charrán,

y su mujer, que por cierto

tié dao muchismo que hablar

por algunas cosas feas,

que usté me dispensará

que me calle...

—Sí, señora.

—Por la muchacha na más,

que lo que es por mí...

—Corriente,

siga usté.

—Pa no cansar,

que yo y la niña nos vemos

muchas veces apurás,

porque él se ha llamao Andana

desde hace una temporá,

y como que yo no quiero,

porque soy muy especial

en mis cosas, que la niña

dé qué decir en jamás,

y como que usté ya sabe

io que es la nesecidaz,
la he dicho: «Tú que tiés voz,
y que eres tan bien formá,
y que has visto tantas piezas
líricas y que, además,
cuasi dominas el piano,
te debías dedicar,
como otras, á la carrera
de las tablas y quizás
que sacases, con el tiempo,
más que algunas. ¿No es verdaz?

—Si toca el piano también...

—¡Un porción!

—¡Pero mamá!...

—¡Como que ha estao aprendiendo
cerca de un año! Lo cual
que, si no llega á quedarse
tan joven en la orfandaz,
puede que no le metiera
mano ni el mismo Malats
hoy en día. Por supuesto,
y de la voz no hay que hablar,
porque le han hecho la prueba
muchos músicos y están
asombraos, como quien dice,
de su registro central.
Yo no entiendo de estas cosas,

pero, en fin, algo tendrá
cuando tanto la ponderan
las personas ilustrás.

Lo mismo que de las formas...

¡como eso no hay cosa igual!

¿Conoce usted á la Cibeles?

—¿Yo? De vista nada más.

—Bueno, pues así es mi niña.

—¿De veras?

—¡Escoltural!

Tóquela usted.

—No hace falta.

—Sí, señor. ¡Ven, Soledaz!

Tengo yo gusto en que usted

la toque, porque las hay

que tienen las carnes fofas,

talmente como el cuajar

de una res. ¡Miste qué brazo!

¿Es mentira ó es verdaz?

Pues así tié too su cuerpo.

¡En eso no pué negar

que es mía! Naturalmente

que yo ya estoy desformá,

porque el trabajo y las penas

y el abandono y la edaz

á la misma diosa Venus

la ponen hecha un costal,

¡pero si usted me conoce
por una casualidad
cuando era completamente
soltera, recién llegá
de Cádiz!...

—Bueno, señora,
yo me tengo que marchar,
de modo que diga usted
lo que quiere.

—Yo, na más
que usted contrate á la niña
siquiera esta temporá.

—¿De qué?

—Misté, don Enrique:
ella quiere debutar
de parte y hacer papeles
como la Bru y la Vidal
y la Pino y la Perales
y otras triples afamás;
pero ¿y si sale y se corta,
por una casualidad,
y el público se la carga
y luego se ve tirá
por los suelos? ¡No, señor!
Lo que es por mi voluntaz...
que trabaje con el coro
si quiere, pa prencipiar,

y que pierda la vergüenza,
que luego tiempo tendrá
de ponerse, si hace méritos,
encima de las demás.

¿Tengo razón?

—Sí, señora.

—Vamos, ¿lo estás viendo ya?
Esta chica se figura
que too es coser y cantar.

—Bueno, pues vengan ustedes
mañana; la probarán
la voz, y si el maestro dice
que vale, se quedará.

—Muchas gracias.

—Buenas noches.

—Ven por aquí, Soledad.

.....
.....

¡Á ver, hija, si mañana
quedas algo regular,
que ya llevas siete pruebas
y de todas sales mal!

—¿Y qué quieres que yo le haga
si no sé?

—¡Pues condenál...

¡Fíjate bien en las triples
y haz lo que hacen las demás,

que cantan como galápagos
y ganan un dinerall

—¡Algunas!

—Claro que algunas.

¡Una y media de cá par!
